

xas la ha comentado, con envidiable claridad, en multitud de reseñas y artículos. No somos un país que haya producido demasiados diarios o autobiografías (o que haya estimado como se merece la literatura epistolar), ni los esfuerzos de Montaigne o Boswell, por poner ejemplos de muy diversa entidad, parecen haber tenido eco entre nuestros escritores. Ciertamente, la situación ha cambiado sustancialmente en los últimos años, como lo demuestra la publicación, en claves casi antagónicas, de los diarios de Andrés Sánchez Robayna, César Simón o Andrés Trapiello, o de las memorias de José Manuel Caballero Bonald y Antonio Martínez Sarrión (aunque en España, hoy por hoy, es impensable un fenómeno como el del dramaturgo Alan Bennet, cuyos voluminosos y muy entretenidos diarios encabezaron durante meses las listas inglesas de ventas). Es evidente que este gusto por la literatura memorialística es el resultado de un mayor grado de normalidad en nuestra cultura literaria y editorial, y también de un cambio en nuestra constitución moral y nuestros hábitos religiosos. Sin llegar a los extremos puritanos que basan la construcción de la personalidad en el examen de la propia existencia, parece claro que el español contemporáneo confiere una mayor importancia al individuo y ha dejado de sentir amenazada su interioridad o su consciencia. (Algún día, por cierto, tendrá que explicársenos con detalle hasta qué punto la simple existencia del Santo Oficio ha condicionado los hábitos literarios españoles, sobre todo en lo que concierne a la escritura.) En todo caso, no es casual que muchos de los diarios e incluso memorias que han tenido un influjo mayor sobre las promociones más recientes se hayan escrito en Cataluña: el *Quadern gris* de Pla y el *Diario del artista seriamente enfermo* de Gil de Biedma son ejemplos claros, a los que podríamos sumar, en un primer recuento, las memorias de Carlos Barral o los diarios ya mencionados de Manent. Cuando Miguel Sánchez-Ostiz decide contar sus venturas y desventuras provincianas en una fría ciudad del norte, entre oscuros soportales y lentas humedades, puede decirse que estrena género, o por lo menos que lo pone a rodar por dominios inéditos. Cuando Alex Sussana detalla su año en Venecia, su relato se engarza a un ilustre linaje que tiene al menos un siglo de antigüedad. Ya hemos visto la importancia que tuvo Inglaterra en la educación literaria del *Noucentisme*, que podría explicarse, sin duda, como reacción contra el ya proverbial afrancesamiento de los mejores intelectuales españoles, a excepción tal vez de Unamuno. Inglaterra representaba un ideal alternativo de elegancia y civilización, un modelo de orden y eficacia del que era conveniente aprender. No obstante, la anglofilia de *Hores angleses* es relativa: Soldevila abandona pronto el tono adulatorio y su escritura se tiñe gradualmente de una ambivalencia mal contenida, a medida que los ideales y

expectativas del intelectual entran en contacto con las vivencias y experiencias algo más pedestres del residente. A este respecto, no es ocioso comparar su diario con lo escrito por Josep Pla al hilo de su estancia en otra ciudad del norte, Leeds. Una primera decepción es la escasa calidad de la cocina, que para Pla adquiere tintes trágicos; una segunda, la falta de luz y la soledad asfixiante que gravita sobre calles y jardines; y, antes o después, el descubrimiento de la peculiar sordidez y precariedad en que viven las capas más humildes de la sociedad inglesa. Una de las anotaciones de Soldevila es explícita a este respecto, y muestra hasta qué punto ha decidido ser fiel a las exigencias del diario y no a sus propias expectativas:

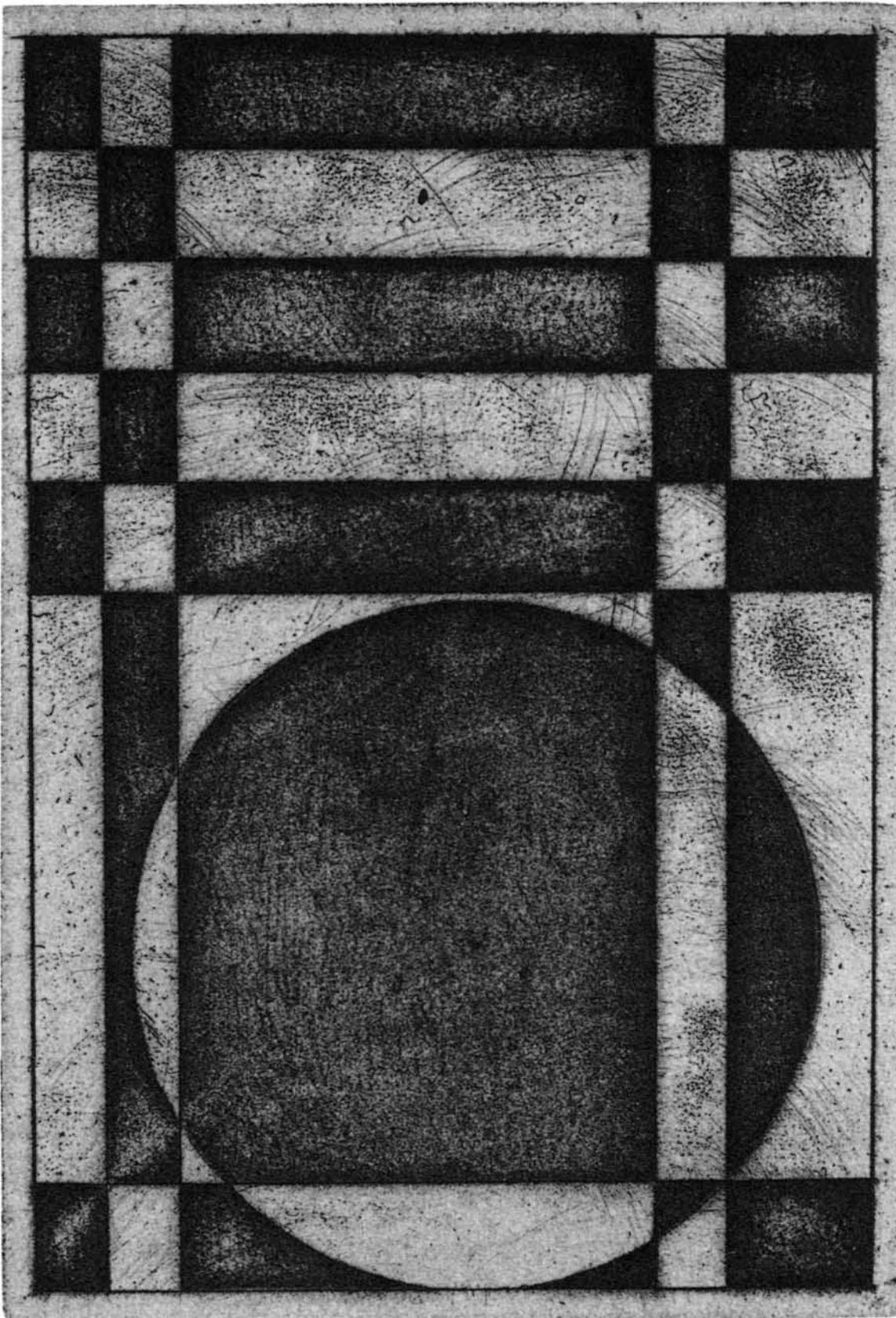
Mrs. B. nos ha explicado que es muy corriente en Inglaterra, entre las clases pobres, hacerse, por una cierta cantidad, un seguro de vida. Esta cantidad, bastante importante, se invierte íntegramente en el entierro (...) Estos seguros de vida tienen, empero, desviaciones horripilantes: hay gente que asegura a los recién nacidos y después los deja morir para cobrar el dinero. Me ha sorprendido que Mrs. R., ferozmente inglesa, nos haya explicado esto (...) Pienso, sin embargo, que el inglés no tiene únicamente el orgullo de raza, sino también, y muy arraigado, el de su clase.

Aun así, el ideal pervive. Y pervive, podríamos añadir, con una fuerza tanto mayor cuanto que da cuenta de los aspectos más incómodos de la realidad. Sus visitas al Museo Británico y a las universidades de Oxford y Cambridge, y sus viajes al distrito de los lagos y Escocia, donde se da el gusto de citar extensamente a Wordsworth o Robert Burns, confirman sus lecturas y le devuelven una imagen no menos real de la isla. Del mismo modo, el trayecto que lo separa de la universidad es visto una y otra vez en términos de ensoñación lírica o al modo de un Turner o de un Cézanne, dependiendo del clima. Es interesante, en este sentido, comparar la dicción convencional y un tanto gris de los poemas que puntean el diario con el tono vanguardista de muchas de sus viñetas descriptivas, donde la técnica del *collage* y el encadenamiento de sintagmas nominales crean un ritmo urgente y entrecortado que podría calificarse sin problemas de ultraísta. Soldevila anota muchas de sus impresiones en el tren, y algo de su urgencia parece contagiarse a la escritura, sobre todo en las entradas más breves, o en aquellas que refieren anécdotas o curiosidades. Quien en cierto momento anota con entusiasmo vicario que «pocas cosas me hacen sentir con tal fuerza la pujanza inglesa como el Museo Británico y las chimeneas y locomotoras humeando entre la bruma», es lógico que haga todo lo posible por comunicar a su prosa algo de la energía y viveza de lo que le rodea, aun si en el empeño acaba por rendirse a las modas de la época.

El mito inglés, no obstante, encuentra en Oxford y Cambridge su encarnación más lograda. Oxbridge representa la alianza entre pasado y futuro, entre tradición e innovación: los jóvenes de mirada clara y despierta que pasean sus libros por *colleges* y antiguas callejas son los mismos que sorprende más tarde jugando al cricket o al tenis, o conduciendo con alegre descuido sus automóviles. No le importa que tales jóvenes sean una minoría escogida entre la élite gobernante, o que su estancia en Liverpool le haya abierto los ojos respecto de las tremendas desigualdades sociales que dividen al país: Oxbridge es el logro máximo de una civilización basada en la convivencia y el respeto al conocimiento, y sólo por esto digna de estima y admiración. La fascinación por el deporte, en concreto, de estirpe no menos vanguardista que su entusiasmo por las máquinas, parece competir en ocasiones con su educación libresca, y es responsable de algunas de las viñetas más entrañables del libro. Ya a su llegada a Liverpool, lo primero que advierte entre la lluvia y el viento frío de octubre son las siluetas de algunos jugadores de golf. Y, meses después, en Oxton, anota: «En el *Oxton Cricket Club* se jugaba al críquet y al tenis (...) Era hermoso admirar el verdor de los campos de juego, y hermoso ver cómo jugaban los jóvenes...contra un fondo de casas señoriales y un cielo nublado, como de tormenta». Al lector de este diario puede sorprenderle averiguar que durante esos mismos meses Liverpool fue escenario de intensas protestas y huelgas obreras que empezaron a abrir grietas en el sólido tejido industrial del imperio. Nada de esto tiene sitio en el diario, que muestra a un escritor más interesado en la anécdota que en el análisis riguroso y detenido.

Pero sería injusto reprocharle a Soldevila sus ocasionales silencios. Al fin y al cabo, sus veleidades esteticistas y su tendencia a embellecer la realidad física tienen un encanto de época que recubre como una pátina el texto y nos devuelve una imagen bastante aproximada de las maneras y costumbres inglesas. Lo que primero sorprende al lector de este diario no es, pues, su lenguaje un tanto linfático, sino el parecido que guarda con su modelo, a pesar de los más de setenta años que han transcurrido desde su escritura. Me temo que ello es un síntoma tanto de la precisión de la mirada de Soldevila, como de la naturaleza «petrificada petrificante», por usar una expresión de Octavio Paz, de la sociedad inglesa. Ciertamente, Soldevila se fue a tiempo de evitar una petrificación nociva y al cabo inevitable, pero su relato tiene la perspicacia y agudeza de quien tiene muy visto y muy oído a su interlocutor. Cuando, años después, *Hores ingleses* se publique en plena guerra civil, la delicadeza y precisión de su mirada serán leídas por muchos como memoria de otro tiempo, pero también, a pesar de su evidente modestia, como ejemplo escogido de civilización y muro dispuesto contra la barbarie.

¿Para cuándo una reedición?



Zipangu